

SIR RICHARD BURTON, ETNOLOGO
Alberto Cardín

Reconocido como viajero erudito, dotado de admirable capacidad de observación, Sir Richard Burton jamás hubiera sido aceptado como etnólogo de no darse las peculiares condiciones teóricas y civilizatorias que han llevado a una no desdeñable parte de los antropólogos americanos a interesarse por la retórica del texto etnográfico, como elemento fundamental de la construcción del hecho antropológico.

Una vez reducida, a un cierto tipo de "experiencia literaria" la recogida de datos sobre el terreno y su puesta a punto en forma de texto, toda la ideología del trabajo de campo y la observación participante elaborada por los funcionalistas con vistas a garantizar la objetividad de sus enunciados, queda privada de su irrefutable halo de científicidad e igualada con la, quizás más casual o menos sistemática, pero no menos apegada al terreno y similarmente retórica, labor de recogida de datos del viajero o del misionero.

Se inicia así en el ámbito de la antropología una polémica similar a la que, en los años 60, tuvo lugar en torno a la noción de realismo -sobre la referencialidad-, y la que sobre el problema de los géneros -y de nuevo su carácter referencial- desencadenó el "Nuevo Periodismo" a mediados de los 70. Polémica que, más que un debate generalizado, ha dado lugar a un progresivo relajamiento de las censuras que vetaban el pleno reconocimiento como antropólogos de autoresámpliamente citados por su conocimiento de primera mano de culturas hoy ya desaparecidas: como Catlin, como el mismo Burton, o como John Tanner y el Ppe. de Neuwied -curiosos referentes de dos de las películas más "antropológicas" de los últimos tiempos, Pequeño gran hombre y Un hombre llamado caballo.

*Prólogo a Primer viaje al cuerno de Africa de próxima aparición en Ed. Lerma.

El movimiento, en realidad, venía preparándose desde la publicación en 1966 de el Diario de Campo de Malinowsky, donde el propio fundador del funcionamiento ponía al descubierto las limitaciones subjetivas y la elección de géneros puestas en juego, tanto durante el trabajo de campo propiamente dicho, como en su ulterior reelaboración textual. Libros de clara vocación literaria, como Tristes Trópicos, de Lévi-Strauss, o Afrique Fantome, de Leiris, vinieron a arar, por aquellas fechas, en el mismo terreno.

Es cierto que las diferencias en este sentido entre Francia y Norteamérica, eran notables por estas mismas fechas. De modo que, mientras L.S., Leiris o Duvignaud podían permitirse a una clara expresión del penchant literario de su obra etnográfica. Laura Bohannan tenía que publicar su magnífico trabajo de campo novelado. Return to Laughter, bajo el seudónimo de Eleanore Smith Bowen. Pero la tendencia a la expresión formalmente "literaria" de la experiencia etnográfica parecía ya ser imparable, ya que muy poco después de la publicación de su experiencia nigeriana por la Bohannan, Maybury-Lewis publicaba con todas las letras su catártica y casi quejicosa experiencia amazónica, The savage and the Innocent, paralelizada al poco, en el ámbito francés, por Un rico caníbal, de Monod, cuya acción se localiza en la vecina zona de la Guayanas.

Seguían, en esto, a decir verdad, una elección ya dejada entrever en 1936 por Bateson, en su prefacio a The Naven: la posibilidad de elegir entre una vía "expresiva" -literaria- o una vía analítica, para la reelaboración textual del material antropológico. Pero el deseo de reconocimiento disciplinar de la antropología, las ansias de sus practicantes de verse reconocidos por la "comunidad científica" los obligaron a arrinconar esa parte tan fundamental del trabajo etnográfico que son las minutas experienciales, cargadas de índices fuertemente literarios incluso en los más secos y analíticos de los antropólogos. Dichas minutas -retratos generalmente de los informantes nativos- han sido recogidas recientemente por Joseph B. Casagrande en su inigualable In

the Company of Man: una galería de veinte medallones literarios, donde sólo se echa a faltar el retrato de Quesalid, el falso chamán kwakiutl, realizado por Franz Boas.

La avalancha de ensayos novelados, reflexiones y apostillas literarias a su propio trabajo de campo, dietarios y recopilaciones epistolares, que los antropólogos han dado a la estampa en los últimos años demuestra la fuerza que el reconocimiento del hecho expresivo de la etnología- ese aspecto trasferencial que L.S. puso de relieve en J.J. Rousseau, fundador de las ciencias humanas tiene en la actual antropología, aunque sólo sea como contrapeso de la corriente materialista-cultural, con sus abusivos planteamientos cientificistas, y del indigenismo comprometido de buena parte de la antropología hispanoamericana.

Es lógico que este destapamiento del reticente exotismo de la antropología -tan agudamente puesto de relieve en los capítulos centrales de su Antropología Contemporánea, por J.M. Auzias- trajera como consecuencia la revalorización de la labor etnográfica de los viajeros y misioneros, lo que ha dado lugar en Francia a tan interesantes ediciones como la de las memorias de John Tanner (Trente ans de captivitéchez les indines ojibwa), por Pierette Désy, o a trabajos sobre la labor pionera de los jesuitas en la etnografía americana, como los reunidos por Claude Blankaert y Michel de Certeau en Anthropologie et missions en Amerique.

El caso de Burton, a quien la nueva antropología americana por ahora sólo ha mencionado incidentalmente en un ensayo de Mary Louise Pratt ("Fieldwork in Common Places", incluido en la antología Writing Culture, donde se agrupan los principales representantes de la "Antropología posmoderna americana), fué abordado ya hace algunos años por el palestino-americano E.W. Said, en su polémico libro Orientalism, donde desde una perspectiva crítico-literaria (se adelantaba en ésto a la toma de conciencia de los nuevos antropólogos americanos, y al triunfo de la hermenéutica en los campus USA) desvelaba los elementos fuertemente tenocéntricos puestos en juego por la filología, la ficción y la lite-

ratura de viajes (implícitamente también por la etnología) accidentales., en su discurso sobre "Oriente" (lo que, para Said, equivale restrictivamente sólo a Dar-el-Islam).

A pesar de su encubierto intento de vetar cualquier posibilidad de crítica intercultural (propugnando, como bien ha señalado M. Rodinson, una especie de Zdanovismo antropológico, que seguramente sería muy bien recibido por algunos de los nuevos etnólogos "nativos"), y de la utilización interesada que de sus tesis han hecho algunos, como Juan Goytisolo, Said concede un papel privilegiado a Burton en la penetración intelectual (una Verstehen prácticamente total) del Islam.

Resulta curioso que, al establecer la comparación con el único amateur del Oriente equiparable con Burton, esto es, T.E. Lawrence, Said no otorgue a este último la misma competencia performativa que a Burton, lo que intenta razonar por un mayor compromiso del de Arabia con el imperialismo británico, y una más evidente ambigüedad en su travestimiento árabe. Pero hay algo que Said sólo a medias expresa en su comparación, y que, estrictamente referido al texto de ambos, diferencia retórica y estilísticamente a Richard Burton, alias Hayi Abdullah, de E.T. Lawrence, alias Al-Urens: las abrumadoras notas crítico-eruditas y etnológicas de Burton, que en Los siete pilares de la sabiduría no aparecen, dando a las muy agudas tiradas etnográficas del libro (caps. II-IV y LVIII-LXIX, principalmente) un carácter excesivamente incidental y descaradamente táctico.

Said, con un estilo vagamente psicoanalítico, conecta los desplazamientos de la autoconciencia de Burton con su estilo notacional, estableciendo un paralelo entre la victoria sobre las dificultades tras culturales que implica la apropiación de la cultura árabe, con su identificación imperialista. Es un razonamiento metonímicamente correcto, pero al que haría falta explicitar un paso para resultar plenamente comprensible: Burton opera implícitamente con la sobrevaloración de la categoría accidental de "individuo autónomo", mientras coloca lo gregario del lado de

Oriente, con lo que la descodificación de normas de uso por su parte implica no sólo un triunfo personal, sino el triunfo de su propia cultura, que posibilita la existencia de ejemplares como él.

Se trata de un presupuesto generalmente compartido por toda la etnología occidental (la única existente, ya que la "etnografía del primitivo" de que habla Jaulin no es discursiva, y los persas de Montesquieu, como los marroquíes de Cadalso, son criaturas de ficción, impensables en las culturas por más que puedan renitirse al género rihla árabe-medieval), según el cual las reglas implícitas resultan del funcionamiento de cada cultura resultan más fáciles de descubrir en las otras culturas que en la propia (a cuyo funcionamiento se accede, en todo caso, por conmutación con las otras). El problema se plantea tan sólo en cuanto a la categoría de la comprensión de dichas reglas: si tiene, según la terminología de Pike, un carácter puramente externo, o etic, o bien interno, es decir, emic.

La dificultad estriba en si -parodiando en célebre título de Harris- "el conocimiento de todas las reglas que hay que saber para actuar como un nativo permite saber como actúan los nativos". El dilema se resuelve, a la manera de Engels, por la prueba del pastel, lo que no es nada habitual entre los antropólogos, y por ello Harris declara irresoluble. Pero el ejemplo de Burton nos proporciona una prueba terminante de una competencia actual surgida del perfecto conocimiento de las reglas del actuante nativo. Es cierto que con un poco de trampa -con un poco de acento, diríamos en términos chomskianos-: disfrazándose de jeque afgano, para mejor encubrir entre los árabes sus errores de competencia, y quitándose el disfraz de hayi en el momento más difícil del viaje a Harar. Lo que no obsta para el principal alim de la ciudad prohibida somalí le pida ser su discípulo, reconociendo así su superior conocimiento del Islam.

En este posesionamiento de las reglas implícitas, Said otorga a Baurton una sabiduría "preternatural" (sabiduría que igualmente podría otorgarse a Lawrence, si no fuera porque en él está meramente impostada, por perfecta que sea su competencia -como demuestra en el episodio de su parodia del jeque Auda-, mientras en Burton tiene un carácter de asunción formal, que se explicita discursivamente): lo que ya de por sí bastaría para concederle una categoría teórica ejemplar (en un terreno, además, práctico-teórico, sólo igualado tal vez por Ricci en la cultura china).

Pero aún hay más: las notas de Burton tienen un carácter comparatista del todo inhabitual en cualquier otro proto-etnólogo (como no sea quitando a Laffitau y al P. Las Casas, cuya Apologetica Historia habrá que reivindicar algún día para la etnología), que lo emparenta, con décadas de adelanto, con el mejor comparatismo británico. Se explicitan en ellas, no sólo todas las variantes sincrónicas de cada ítem cultural significativo, sino también los paralelos de la Antigüedad, o los elementos del folklore europeo, que mejor puedan servir para clasificar la categoría concreta o el contexto en que el elemento en cuestión aparece.

Su conocimiento de la literatura etnográfica disponible en su época resulta tan abrumador como sorprendente, y lo emplea con la pertinencia de un etnólogo profesional: las referencias, por ejemplo, a las culturas bantúes meridionales, como punto de contraste para los somalíes, son constantes, desperdigándose a lo largo de este libro no pocas menciones a culturas procedentes de otras zonas de Africa (fulani, berber, tuareg, beya.

No lleva los paralelos tan allá como en Mi peregrinación a Medina y la Meca, cuando compara con increíble agudeza, las costumbres de los beduinos hiyazíes con las de los indios de las praderas, pero en cambio, añade aquí elementos de comparación histórica (referidos fundamentalmente a las relaciones entre somalíes y etíopes, y a las distintas invasiones sufridas por el Cuerno de Africa: pérsas, árabes, turcos y portugueses), que no sólo se hacen necesarios para la comprensión de una región de conflictivas

relaciones con la historia (curiosamente faltan referencias a los contactos de los egipcios con el "País de Punt", que en todo caso aparecen sesgadas en las referencias a Eróstrato y el Periplo del Mar Eritreo), sino que dan a su análisis de las culturas del Cuerno de Africa un carácter policronico y perspectivista propio del más acérrimo boasiano.

Es posible que la antropología posmoderna americana se agote como movimiento antes de haber podido dedicar a Burton el análisis retórico-etnológico que se merece (y cuyas remitencias intertextuales están seguramente más allá de la capacidad interpretativa de muchos de los actuales discípulos de Geertz y de Ricoeur). En cualquier caso, el relato de sus aventuras, contrapunteado por la polifonía de sus notas, siempre será una instructiva lectura, digna de cuantos se dedicaron a recoger los restos de lo exótico sin demasiado afán de cosntruir teorías, pero cuyo conocimiento profundo de las mismas -como ocurre en el caso de Frazer- suple por sí solo cualquier posible patrón de inteligibilidad.